

LA ESENCIA DEL ARTE CRISTIANO

Radoslav Ivelic K.

Instituto de Estética

Pontificia Universidad Católica de Chile

Este estudio analiza algunas de las dificultades que enfrenta el arte cristiano en la actualidad. Caracteriza la extensión del concepto "arte cristiano" y distingue su esencia en dos coprincipios: Cristo, el Verbo de Dios, y la belleza en cuanto resplandor de dicho Verbo en la expresión artística. A continuación estudia las relaciones del arte cristiano con Dios Padre, en cuanto Creador; con Cristo como Verbo que dignifica al ser humano; y con el Espíritu Santo, como manifestación del Amor, que inspira al artista cristiano.

This study analyses some of the difficulties the Christian art faces nowadays. First of all, it characterizes the extension of the 'Christian art' concept and distinguishes its essence in two co-principles: Christ, God's Word, and Beauty as to splendor of such Word in the artistic expression. Next, it studies the Christian art relationships with God Father, as to Creator; Christ as Word that dignifies human being; and the Holy Spirit, as manifestation of the Love which inspires the Christian artist.

1. INTRODUCCIÓN

Vivimos en una época secularizada, donde el ideal humano se suele medir por la absolutización del éxito profesional, de la posesión de bienes materiales, de la ideología, de la raza, del sexo, de la droga, entre otros tantos ídolos; es el reflejo de una visión del hombre y del mundo en la cual el ateísmo y el materialismo se proclaman como un signo de avance y liberación del espíritu humano. Un siglo XX de inmenso desarrollo científico y tecnológico que, desgraciadamente, apunta a un divorcio entre conocimiento y fe, entre ciencia y religión. Este contrapunto, "esta ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda -dice Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*-, el drama de nuestro tiempo" (§ 20).

La religión católica y el arte que emana de su espíritu tienen, como consecuencia de lo que acabamos de exponer, una misión difícil, pero ineludible, en el desarrollo de un humanismo marcado por la señal del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En este sentido, Mons. Francesco Marchisano afirma que: "servir a la cultura y al arte significa servir a la epifanía de la verdad que se expresa en belleza; significa elevar a la persona humana al misterio escondido en la materia del cosmos y en la mente del artista, para que el hombre descubra, o al menos perciba, su esplendor" (63).

El arte cristiano está definido desde Jesús, el Verbo de Dios, quien, al encarnarse, redimió y elevó la naturaleza humana. Es propiedad fundamental

del arte cristiano la revaloración del hombre desde la figura de Cristo. Dentro del arte cristiano debemos considerar el *arte cristiano sacro*, destinado al culto. Al respecto dice el Concilio Vaticano II, en la *Constitución Conciliar sobre la Sagrada Liturgia*: "La santa madre Iglesia fue siempre amiga de las bellas artes, buscó constantemente su noble servicio, principalmente para que las cosas destinadas al culto sagrado fueran en verdad dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades celestiales".

Dentro de la extensión del concepto *arte cristiano* es posible incluir las expresiones artísticas de otras religiones, cuando su arte, como señala Jacques Maritain, "ha conocido, ya sea egipcio, griego o chino, cierto grado de grandeza y de pureza. [entonces], ya es cristiano, *cristiano en esperanza*, porque todo esplendor espiritual es una promesa y una figura del equilibrio divino del Evangelio" (87-90). De este mismo parecer es el P. José Donoso cuando señala que no se referirá a un "arte de Iglesia, sino de un arte que lleva en sí el *carácter del cristianismo*, del arte de la humanidad rescatada" (20). A partir de esta perspectiva, el autor recién indicado cita, en varias oportunidades, poemas de Neruda, para explicitar cómo en este poeta, pese a confesarse ateo y materialista, se transparenta el soplo del espíritu. Es esta *dimensión cristiana del arte* la que destaca Juan Pablo II en una Homilía a los artistas en Nuestra Señora de las Gracias, en Bruselas, y que el Sumo Pontífice introduce con la siguiente cita de los *Hechos de los Apóstoles*: "Dios no está lejos de ninguno de nosotros, pues en El vivimos, nos movemos y existimos" (Act. 17, 28). Y continúa, dirigiéndose a los artistas:

Vosotros os esforzáis por expresar con las artes plásticas, la música o la palabra, lo más profundo de la vida del hombre y el corazón de la realidad. Por el mero hecho de esta búsqueda artística os acercáis como a tientas a Dios –acaso desconocido para algunos–, que es fuente, apoyo trascendente y fin último de los seres, de su evolución y de su vida.

Completemos lo expuesto sobre las dimensiones cristianas del arte, con las apreciaciones del *Documento de Puebla* en torno a las culturas, las cuales "no son terreno vacío, carente de auténticos valores" (§ 401). Así ocurre, por ejemplo, con "algunos grupos culturales autóctonos [de Latinoamérica], o de origen africano, que por su parte poseen riquísimos valores y guardan *semillas del Verbo* en espera de la Palabra viva" (§ 451). El Espíritu Santo sopla por doquier, no importa incluso que sea un artista precolombino o un artista ateo contemporáneo; el corazón tiene la posibilidad de abrirse a *las semillas, a los gérmenes del Verbo*, como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la historia del arte. Creemos ilustrativo, al respecto, mencionar los poemas precolombinos de tema religioso. Escogemos el siguiente, a modo de ilustración, dirigido a Wiracocha, el dios creador de los quechuas:

¡Oh Wiracocha del principio del mundo, / Wiracocha del fin del mundo, /
Wiracocha principal y bello! // ¡Oh creador, Providente! / que diciendo: / "Sea
el hombre, / sea la mujer" / a todos hiciste. // Creado y colocado / por ti (en
este mundo) / pacíficamente / y sin cuidados / viviré. // ¿Dónde estás?, / ¿estás
afuera?, / ¿estás adentro?; / ¿estás en las nubes? / ¡Escúchame, atiéndeme! //
¡Concédeme (te lo ruego)! / Hazme vivir / por tiempo indeterminado, / protége-

me, susténtame! // Y esta ofrenda mía recíbeme, / donde quiera que estés, / ¡Oh, Wiracocha!

Sentimos en este poema la presencia de lo *numinoso*, esencial para todo sentimiento religioso, como explica Rudolph Otto en su clásico libro *Lo santo*. Lo numinoso es la categoría fundamental de lo sagrado, que hace sentirse al hombre como una criatura "que se hunde y anega en su propia nada y desaparece frente a aquel que está sobre todas las criaturas" (21). Lo numinoso es experimentado como *mysterium tremendum*, que inspira temor. Precisamente se habla, frente a las religiones de las civilizaciones primitivas, del *terror cósmico*, provocado por las fuerzas misteriosas de la naturaleza, ante las cuales el hombre se siente desvalido. Es el miedo –dice R. Otto– frente a lo que sobrepasa al ser humano; lo sobrenatural omnipotente y majestuoso. Pero –afirma el mismo autor– ante lo numinoso hay, unido al temor, "algo que al mismo tiempo atrae, capta, embarga, fascina" (53). De esta doble condición de lo numinoso surge también el sentimiento de protección, de adoración, de ofrenda y de humildad que el hombre experimenta ante lo sacro.

Si se examina el poema quechua a la luz de lo expuesto, está clara la presencia en él de lo numinoso, propio, como ya dijimos, del sentimiento religioso.

2. ARTE CRISTIANO Y BELLEZA

En todo arte auténtico hay una especie de metafísica, un acercarse o un descubrir el verdadero nombre de las cosas, que sugiere el origen divino de la Creación del mundo y del hombre. En este sentido podemos decir que el arte cristiano tiene una triple trascendencia: *teológica, antropológica y cosmológica* (Rombold 54). Teológica, porque encuentra su fundamento en Dios; antropológica, porque encarna la humanidad rescatada por Cristo; cosmológica, porque el universo y todos los seres vivos se vuelven, en el artista cristiano, a través de la creatividad humana, un vislumbre del misterio de la Creación, de la Redención y del Amor Divinos.

El arte cristiano debe estar presidido por la belleza; no en el sentido formalista o academicista del término. Hablamos de belleza ante una experiencia donde sentimos la irradiación del espíritu sobre lo sensible, de tal manera que este también esplende: en otros términos, lo sensible se espiritualiza y, al mismo tiempo, lo espiritual se hace sensible.

Contra toda la corriente feísta contemporánea, "el mensaje cristiano siempre va unido a la búsqueda de la belleza" (29), dice Juan Cantó. Afirma el mismo autor que el hombre tiene derecho a lo bello, que lo eleva y ennoblece. A partir de la presencia de lo bello es posible percibir el soplo de un arte con dimensiones cristianas, ya se trate, según expusimos, de gérmenes del Verbo o de su plena manifestación que, en términos de Hans Urs von Balthasar, es "la belleza teológica (*gloria*) de la Revelación misma"(15). Su paradigma último es Jesús, "el Arquetipo de toda belleza creada, sea en el orden natural o en el del arte" (9), expresa Juan Ochagavía.

Pero es importante tener presente que la belleza también se abre camino en las tinieblas: "Cuando vosotros, escritores y artistas –dijo Pablo VI, en su *Discurso a los representantes de teatro, cine, radio y TV y demás medios de comunicación social* (1967)–, sabéis sacar de las vicisitudes humanas, por humildes y tristes que sean, un acento de bondad, súbitamente un rayo de belleza inunda vuestra obra. No se os pide que os convirtáis en moralistas, sino que tengáis fe en vuestro poder secreto: hacer entrever el campo de luz que hay tras el misterio de la vida humana". Agreguemos a esta cita la de Pío XII, en su *Discurso a representantes del cine*: La vida humana, señala el Pontífice:

no se podría comprender, al menos en los grandes conflictos, si se cierra los ojos a los crímenes y a los vicios que tantísimas veces los causaron. [. . .] Siempre que el conflicto con el mal, y aun su victoria pasajera, en relación a todo el conjunto, sirva para la mayor comprensión de la vida, de su recta dirección, del dominio de su propia conducta, del esclarecimiento y consolidación del criterio y de la acción, entonces esa materia puede ser elegida y tratada, como argumento parcial, en la entera acción del espectáculo.

El problema, en consecuencia, está en un arte anticristiano, que busca degradar y negar sistemáticamente al hombre. Así ocurre con manifestaciones contemporáneas que, como hemos dicho en una obra nuestra:

carcomen el verdadero sentido de la experiencia estética; erosionan la sensibilidad del ser humano y debilitan la capacidad de su imaginación simbólica: el inconsciente, el mito, el rito, la religión, las artes, que son fuentes de imágenes simbólicas, quedan degradados por el pseudoarte, impidiendo o distorsionando una visión trascendente del ser humano(53).

Es el arte de la auténtica fealdad, donde no se advierte ni un rescoldo de luz. Como siempre ha ocurrido, también en nuestra época *a la crisis religiosa y moral le acompaña la crisis artística*. Frente a la negación del ser humano, a través de ideologías y filosofías que lo reducen e instrumentalizan, pareciera que el artista se siente asfixiado por esta atmósfera sofocante y responde, tal vez con razón, a través de un quehacer que se parece más a una protesta, a un grito desgarrado, pero sin atisbar una luz de esperanza. Se privilegia, en consecuencia, según expresa Juan Plazaola, un arte dominado por la fragmentariedad, la fugacidad, la trivialización, la unidimensionalidad y la alienación (1996: 1006-1014).

Otro escollo para el desarrollo del arte cristiano es el pseudoarte religioso, que se manifiesta en el alejamiento del espíritu evangélico, a través de templos ostentosos, con una profusión de imágenes y adornos que distraen y hasta ocultan lo esencial, que es el altar. Vemos también iglesias cubiertas con una imagerie sin trascendencia, sentimentaloides, volcada sólo a lo anecdótico y superficial. El paradigma de sentimiento religioso que se desprende de este pseudoarte está en el *kitsch*, el cual no sólo es un estilo expresivo, sino que puede abarcar todos los ámbitos del hombre. Podemos hablar del *hombre kitsch*, como un modo de vida que se caracteriza por un estado existencial inauténtico, consumista, fácil, superficial. Todo en él debe ser idílico, de agradable emotividad, sin compromiso profundo con la vida, con los grandes problemas, con la trascendencia.

El kitsch religioso, como señala Ludwig Giesz:

permite enfrentarse con lo más trascendente –Dios, santos– no con visión numinosa, sino con sentimentalidad íntima; Dios se convierte en el 'Dios amado', en el 'dulce y adorable Niño Jesús', los ángeles, que en el Nuevo Testamento aparecen como mensajeros de Dios ante el hombre y que se presentan con la fórmula estereotipada y tranquilizadora 'no temáis', se transforman en bellos hermafroditas o, incluso, en amorcillos y angelotes (63).

Otra dificultad que debe enfrentar el arte cristiano es el desinterés que nace desde los mismos miembros de la Iglesia: "En buena medida –dice Santiago Sebastián–, la Iglesia permaneció ignorante e insensible, apegada a un convencionalismo dulzón. Nada de frescura y de renovación hubo en las imágenes que venera el pueblo cristiano" (80). Creemos que esta insensibilidad hacia un verdadero arte cristiano contemporáneo es de extremo peligro. No es casualidad que el arte haya surgido unido a la religión, porque posibilita la contemplación de lo ultrasensible en sus imágenes. Hay una relación natural, una afinidad entre las artes y el sentimiento religioso, debido a su capacidad de encarnar lo espiritual, de hacer sensible realidades que, de otro modo, no podríamos conocer. Sentir temor por una arte cristiano que brota de las corrientes artísticas contemporáneas no tiene sentido; sería igualmente negarle al Verbo las posibilidades de expresarse en los tiempos y espacios propios de cada época. Repetimos el ya citado pasaje de la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*: "la santa madre Iglesia siempre fue amiga de las bellas artes".

Frente a lo expresado, debe existir un discernimiento en torno a las corrientes artísticas contemporáneas, para elegir aquellos aspectos y cualidades que se adecuen al sentimiento cristiano. Juan Plazaola (1965) expone algunos aspectos de la nueva sensibilidad estética, tales como la atención a lo esencial, la sinceridad, la sobriedad, la funcionalidad y la pureza, que se manifiestan en las distintas artes y que pueden aplicarse al culto: arquitectura, música, pintura, escultura, etc. También analiza, el autor mencionado, los aportes de algunas corrientes del siglo XX, tales como el simbolismo, el expresionismo, el surrealismo, el purismo y el arte abstracto.

3. LA ESENCIA DEL ARTE CRISTIANO

Refirámonos, ahora, al arte cristiano creado por un artista católico, cuyo interés directo es iluminar al pueblo desde su creatividad, sobre las verdades reveladas y los misterios de la *fe*, incitándolo a la *caridad* y abriéndolo a la *esperanza*. "Lo sabéis, queridos amigos –dice Juan Pablo II, dirigiéndose a los artistas en Bruselas–, el arte auténtico contribuye a despertar la fe adormecida. Abre el corazón al misterio del otro. Levanta el alma de quien está demasiado decepcionado o demasiado cansado para seguir esperando".

El arte cristiano está unido a las virtudes teologales y es imagen y semejanza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, como lo explica el P. José Donoso. Seguiremos este pensamiento para aplicarle algunos conceptos estéticos, puesto

que, como ya ha quedado insinuado, *el arte cristiano, en su esencia, posee dos coprincipios: el teológico y el estético*. Por una parte Cristo, su Encarnación y su Redención –junto a su relación con Dios Padre y Dios Espíritu Santo– y por otra, la presencia de la *belleza*.

Entre *Dios Padre* y el arte cristiano hay una evidente relación, a partir del concepto de *creación*. Dios hace surgir el mundo de la nada; el artista, en cambio, crea a partir de cosas existentes. ¿Por qué hablamos, entonces, de creación artística? Lo hacemos en el sentido de que una obra de arte no imita la realidad, sino que la revela a través de su *simbolismo*. La creación artística tiene una autonomía: configura un mundo válido en sí mismo, poseedor de un sentido nuevo, irrepetible, del cual depende la nueva relación que existe al interior de las imágenes literarias, plásticas, musicales, coreográficas, cinematográficas. Si desaparecen las imágenes del arte, desaparece también la significación profunda que contienen, el conocimiento específicamente artístico que surge de cada obra y que no puede ser suplido por otra instancia cognoscitiva. ¿Cómo conocer lo acontecido en los albores de la Creación Divina si no existiese, por ejemplo, la introducción del oratorio *La Creación*, de Haydn? Los sonidos oscuros de esta obra nos sugieren un mundo que todavía no cobra su forma y que, poco a poco, va alcanzando su realidad hasta estallar en las notas brillantes que simbolizan el *Fiat Lux*.

La creación artística está basada en metáforas, narraciones, personajes, líneas y colores, volúmenes, formas arquitectónicas, pasos danzables, sonidos, encuadramientos cinematográficos, que, por su simbolismo, permiten vislumbrar el misterio profundo del ser humano. El arte cristiano ilumina este misterio, revelando la trascendencia del hombre en su relación con el Creador Divino.

Dios Hijo es Cristo, el Logos, el Verbum, es decir, la Palabra del Padre. Así como Jesús se encarnó, analógicamente el artista se encarna en su verbo, convertido en *forma artística*. Así como Jesús resplandeció al transfigurarse, así la obra de arte, gracias a la *forma creadora*, esplende y revela, transfigura lo sensible, espiritualizándolo, a la vez que lo espiritual se hace carne. El arte cristiano, a través de la forma, nos abre al misterio de la Encarnación, nos devela el rostro oculto de Cristo, de María, de los santos, de los hombres anónimos en que se libra la lucha entre lo inmanente y lo trascendente. Junto al *Verbum* está el pequeño *verbo humano*, con minúscula, pero iluminado por la Encarnación del Hijo de Dios, para que el ser humano encarne su misterio y nos permita entrever, en destellos, su insondable ser.

La forma artística tiene *materia*, dignificada por el artista, así como Dios dignifica la carne por el espíritu. De la *tierra* surgen las obras artísticas, encarnando no a un hombre genérico y abstracto, sino los innumerables rostros de Cristo de cada país y de cada condición social. *Tierra* que estamos considerando, en un amplio sentido, como lo originario, lo propio de cada nación, de cada raza, de cada región. *Tierra* que manifiesta la cultura popular, la idiosincrasia de un pueblo y su modo de sentir a Cristo y, a partir de Este, a Dios Padre y Dios Espíritu Santo. *Tierra* que revela la dignidad oculta en cada ser humano.

Dios Espíritu Santo es el Amor. El artista cristiano, afirma Ildelfonso Herwegen, “está animado por lo sobrenatural puro y santo, por el Espíritu Santo” (74).

El amor, acota el P. José Donoso, es *don, gozo y libertad* (42-9). El arte cristiano es *don*, porque el artista entrega lo mejor de sí a los demás. Cada obra de arte es un desafío para él; un trabajo difícil, perseverante, donde la búsqueda de una nueva expresión puede significar años. Un verdadero artista quiere servir al ser humano. Como lo expresa el pintor Antoni Tapies:

La experiencia íntima de las realidades profundas desveladas por ciertas analogías, imágenes y símbolos tradicionales, imprime a nuestra conciencia y a nuestros actos un carácter como sagrado y ritual que acrece los sentimientos de solidaridad con todos los seres y de respeto mutuo hacia el conjunto del universo. [. . .] Y es sabido que la experiencia de estas realidades profundas se hace más patente en el orden sensible de las formas materiales del arte que en el orden puramente mental y conceptual (1029-30).

El amor es *gozo*. Y es gozo lo que nos procura el arte, como una especie de *juego desinteresado* y, a la vez, de *descubrimiento activo, de revelación gradual* (Beardsley 72-74). El desinterés estético no se entiende como una indiferencia hacia el objeto, sino, todo lo contrario, es un interés total en cuanto presencia sensible, lo que nos permite darle una nueva y singular existencia que nos absorbe y nos permite su *contemplación*.

Por último, el amor, como el arte, es *liberación*. Lo estético es un modo de conocimiento que nos hace experimentar la libertad en el hecho de captar las relaciones nuevas, creativas y, por lo mismo, sorprendentes, que constituyen la forma artística. Sentimos, como ocurre con el amor, que en el arte nos liberamos de las opresiones del presente, del pasado y del futuro, para ingresar al universo de la experiencia estética.

La iluminación del Espíritu Santo permite potenciar el simbolismo artístico, que de por sí tiene capacidad para alumbrar realidades invisibles. El arte cristiano debe dialogar con el más profundo de los misterios. Sin misterio no hay arte cristiano; es connatural en este, porque, para el artista, aproximarse a Cristo, y a través de El a toda persona, supone, en palabras de Francisco Gutiérrez, encarnar "un rostro humano y un fulgor divino, una mirada y un signo, una apariencia y un misterio" (91).

Digamos, para concluir, que el arte cristiano tiene múltiples maneras de manifestarse: puede sugerir la majestuosidad y la omnipotencia de Dios e infundir "respeto, adoración, temor y, a la vez, tendencia a acercarse" (Guardini 22). Puede también despertar sentimientos de piedad y compasión ante el misterio del Dios hecho Hombre, anonadado y despreciado. Pero, fundamentalmente, siempre permitirá asomarse, simbólicamente, al Misterio Divino, incitando a la fe, la caridad y la esperanza.

Cerremos estas líneas con el pensamiento del P. Raimundo Kupareo: "El arte, por ser universal y espiritual, es la mejor alabanza natural que podemos ofrecer a Dios" (134).

BIBLIOGRAFÍA

- Beardsley, Monroe. "Aesthetics experience". *Aesthetics and arts education*. Chicago: University of Illinois, 1991.
- Cantó, Juan. *Evangelizar con el Arte*. Madrid: Promoción Popular Cristiana, 1990.
- Concilio Vaticano II. *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*. Vaticano: 1963.
- Donoso, José. *Dimensiones Cristianas del Arte*. Santiago: Del Pacífico, 1980.
- Giesz, Ludwig. *Fenomenología del Kitsch*. Barcelona: Tusquets, 1973.
- Guardini, R. *La Esencia de la Obra de Arte*. Madrid: Guadarrama, 1960.
- Gutiérrez, Francisco. *La Indignidad en el Arte Sagrado*. Madrid: Guadarrama, 1961.
- Herwegen, Ildefonso. *Iglesia, Arte y Misterio*. Madrid: Guadarrama, 1959.
- Ivelic, Radoslav. *Fundamentos para la Comprensión de las Artes*. Santiago: Universidad Católica de Chile, 1997.
- Juan Pablo II. "Homilia a los artistas" en *Nuestra Señora de las Gracias*. Bruselas: 1985.
- Kupareo, Raimundo. *El Valor del Arte*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 1964.
- Marchisano, Francisco. "Fe, arte y cultura". *Arte y Fe*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1995.
- Maritain, Jacques. *Arte y Escolástica*. Buenos Aires: Club de Lectores, 1958.
- Ochagavía, Juan. "Teología y belleza". *Teología y Vida* VI, 1 (1965): 3-13.
- Otto, Rudolph. *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*. Madrid: *Revista de Occidente*, 1965.
- Pablo VI. *Discurso a los representantes de teatro, cine, radio y TV y demás medios de comunicación social*. A.A.S., LIX, 1967.
- Pablo VI. Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*. En *Acta Apostolicae Sedis*, LXVIII 31 1976 Ianuarii, N° 1, pp. 5-76. Versión castellana en Santiago: Ediciones Paulinas, 1981.
- Pío XII. *Discurso a representantes del cine reunidos en el Congreso Internacional de Roma*. A.A.S. XLVII, 1955.
- Plazaola, Juan. *El arte Sacro Actual*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1965.
- _____. *Historia y Sentido del arte Cristiano*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- Rombold, G. "Signos de la Trascendencia en el arte moderno" *Arte y Fe*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1995.
- Sebastián, Santiago. "¿Crisis de la Tradición Iconográfica del Arte Cristiano?". *Arte y Fe*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1995. pp. 71-87.
- Tapiés, Antoni. "Arte y Contemplación interior" en Plazaola, J. *Historia y Sentido del Arte Cristiano*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. *La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, en Puebla*. Santiago: Conferencia Episcopal de Chile, 1979.
- Von Balthasar, Hans Urs. *Una estética teológica*. Madrid: Encuentro, 1985.